

servían de un modo tan indigno. Los Holandeses, mediante tales merecimientos, se aliaron con Inglaterra, celebrando un tratado de paz y sincera amistad entre ambos pueblos. Como si todo esto fuera poco, tuvieron que salir fiadores cerca del rey de Francia de la venta de Dunkerque, plaza conquistada por Cromwell, y que Carlos, á disgusto de su pueblo, cedió al francés, mediante una cantidad de dinero, que luego gastó pródigamente ¹. Tantos favores fueron pagados por el rey de Inglaterra, cediendo á los Holandeses la tutela y educación del príncipe de Orange. Si él ó su pueblo hubiesen penetrado el porvenir, aunque odiaban á Holanda por envidia, se habrían complacido en la enseñanza de quien estaba predestinado á regir también los destinos de Inglaterra.

¹ Carlos II vendió á Luis XIV la plaza de Dunkerque en la cantidad de 400 libras esterlinas.

XXVIII

ADMINISTRACIÓN DE JUAN DE WITT

Desde 1650 hasta 1672 Juan de Witt dirigió los negocios de Holanda. El hábil y perfecto estadista, autor de «El interés de Holanda», cuyo libro es un índice completo de la situación política y comercial de la República, era hijo de Jacobo de Witt, miembro de los Estados Generales del país, y que reducido á prisión el último año del estatuderato de Guillermo II, debió su libertad á la promesa de renunciar su oficio. Tal agravio sublevó el alma de Juan de Witt, quien determinó desde entonces oponerse á las pretensiones del joven príncipe y futuro estatúder.

Era empresa fácil reducir el partido de Orange. De Witt quiso en varias ocasiones evitar las diferencias y las guerras que fueron tan desastrosas para Holanda durante el gobierno republicano de Inglaterra. Él fué quien negoció el tratado de 1654, por el cual se excluía al príncipe de Orange del cargo de estatúder y se expulsaba á los Estuardos del territorio holandés. No tuvieron poca influencia en estos hechos, las frases con que su padre Jacobo de Witt le decía como saludo todas las mañanas: «Acuérdate de la cárcel de Loewenstein». No olvidaba el anciano las persecuciones que había sufrido de Guillermo. Acabada la guerra, aunque De Witt sólo contaba veintiocho

años, fué, en realidad, el primer ministro de Holanda, bajo la denominación de Pensionario.

Si De Witt no se mostró complaciente con Carlos antes de la restauración, cuando ésta se hubo verificado, extremó sus diferencias con la nueva monarquía, á pesar de las arrogancias y desdenes del rey con los embajadores holandeses. Comprendía, sin duda, De Witt, que Holanda necesitaba de paz y sosiego para rehacerse de los quebrantos sufridos, llegando hasta la humillación, con tal de conservar buenas relaciones con Francia é Inglaterra. Por eso le llamaron sus compatriotas «la sabiduría de Holanda».

Con el fin de atraerse las simpatías del partido de Orange, rogó De Witt á la abuela del príncipe que confiase la educación de éste á los Estados Generales de Holanda. Agradecida la princesa viuda á tantas muestras de respeto, accedió gustosa, y el joven príncipe quedó bajo la dirección del Pensionario. Propúsose De Witt inspirar en el alma del príncipe profundo amor á su patria, y logró su objeto; porque ninguno, ni siquiera el Taciturno, tuvo más cariño á su pueblo que Guillermo III de Holanda, después rey de Inglaterra. Ninguno tampoco presintió con más claridad que Guillermo los peligros de la República, ni tuvo más resolución para combatirlos, ni más esperanza en la victoria, sin embargo de las dificultades y contratiempos que continuamente le rodeaban. Es indudable que proporcionó grandes beneficios á las dos naciones; pero si Holanda honró su memoria, Inglaterra se mostró ingrata con uno de sus mejores reyes.

En virtud del tratado de los Pirineos, en 1659, renunció Luis XIV á la sucesión de la monarquía

española, como esposo de la hija mayor del monarca castellano. Vino en ello el francés, á ruego de Felipe IV¹. En 1663, pudo observar Juan de Witt que Luis se disponía á no cumplir lo prometido, y que meditaba la ocupación de los Países Bajos, cuando se le presentase oportunidad favorable. Motivos había de recelar, en el momento que el rey de Francia exigía el cumplimiento del tratado de Repartición, puesto que los Holandeses no reivindicaban su propia independencia. Luis XIV, en todo caso, ante la eventualidad de la muerte del rey de España y de su único heredero de la línea masculina, concedería la independencia de los neerlandeses bajo un protectorado francés, que desde luego no era la independencia absoluta. Con efecto, Luis XIV había formado este propósito, lo acarició toda su vida y lo transmitió como un vínculo á su descendencia. De tal modo se alarmó De Witt, que se dirigió al embajador español

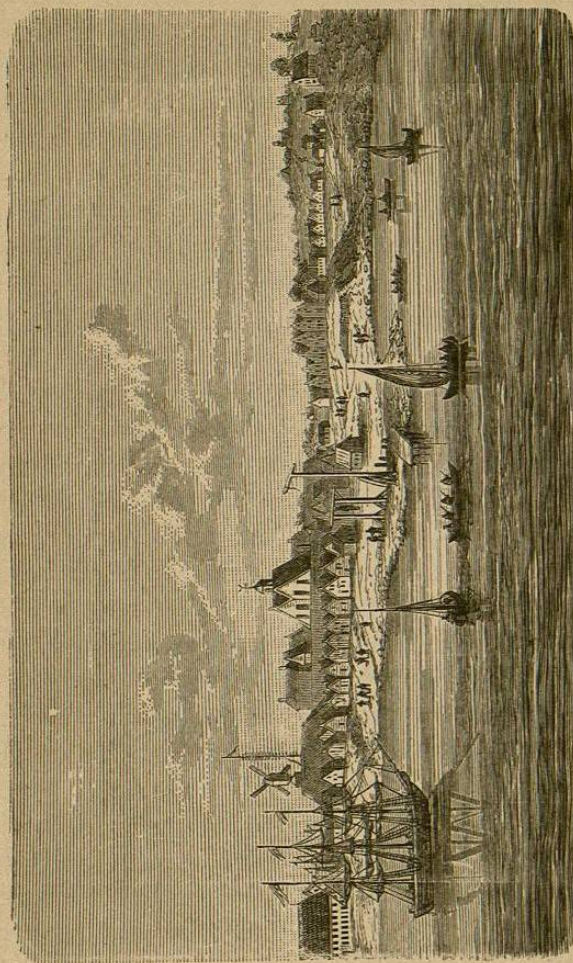
¹ En la paz de los Pirineos se estipuló que Luis XIV casaría con la infanta María Teresa, hija primogénita de Felipe IV, habiendo ésta de renunciar á la corona española, mediante la promesa de darle en dote 500.000 escudos. «Felipe IV en su testamento, escribe el señor Cánovas del Castillo, nombró por heredero al único varón que le quedaba de matrimonio, llamando al trono, á falta de descendencia suya, á la infanta Doña Margarita con sus descendientes; á falta de éstos también, á los hijos y descendientes de la emperatriz Doña María, su hermana, con las mismas condiciones y precedencias dispuestas en la sucesión de sus hijos; á falta de éstos, por último, á los hijos y descendientes legítimos de la infanta Doña Catalina, su tía, duquesa de Saboya; excluyendo en todos los casos, á los descendientes de la reina de Francia Doña María Teresa, su hija, con estas formales palabras: Queda excluída la infanta Doña María Teresa y todos sus hijos y descendientes varones y hembras, aunque puedan decir ó pretender que en su persona no corre ni pueden considerarse las razones de la causa pública, ni otras en que se pueda fundar esta exclusión; y si acaeciére enviudar la serenísima infanta, sin hijos de este matrimonio, en tal caso queda libre de la exclusión ya dicha y capaz de los derechos de poder y suceder en todo». *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, p. IX.

y le propuso la celebración de un tratado entre la República y España sobre las bases de la paz de Gante, de 1576. Descubierta por Luis la negociación, montó en cólera, y se dispuso á tomar pronta venganza. Cuando De Witt se persuadió del riesgo que corría su patria, pues en estos momentos se hallaba expuesta á una lucha más larga y peligrosa tal vez que la de la independencia, procuró estrechar los vínculos que ya unían los Estados Generales al gobierno inglés.

Carlos, que por entonces se hallaba dispuesto á sacrificar á Lord Clarendon, su consejero más ilustrado y leal, porque recaían sobre él sospechas de haber vendido escandalosamente la plaza de Dunkerque, no quería hacer nada en favor de aquella República, á la cual era deudor de tantos beneficios en los tiempos de su desgracia, y donde halló abrigo y seguridad durante su destierro. Por el contrario, hizo cuanto estuvo de su parte para exacerbar la opinión pública en Inglaterra contra la República de Holanda, excitando las concupiscencias de la Compañía Inglesa de la India Oriental, y agitando sistemáticamente al Parlamento, sin más razón que el monopolio ejercido por los Holandeses en las Indias.

Antes de que el Parlamento hubiese manifestado su animosidad, comenzó la guerra el gobierno inglés, atacando los establecimientos de Holanda en el Golfo de México, y en la costa oriental de la América del Norte. Conviene á este propósito advertir, que poco después del descubrimiento del río Hudson, fundaron los Holandeses una colonia en la isla de Manhattan, denominándola Nueva Amsterdam. El almirante inglés Holmes se apoderó, en 1664, de dicha colonia, y la anexionó á las plantaciones britá-

nicas ribereñas. Para recuerdo del suceso y para lisonjear á su rey, los conquistadores cambiaron el nombre de Nueva Amsterdam en Nueva York.



NUEVA AMSTERDAM (HOY NUEVA YORK).—PRIMER AVECINDAMIENTO DE LOS HOLANDESES EN AMÉRICA.

Carlos desaprobó la conducta de su almirante y mandó prenderle; pero no restituyó la conquista. Se limitó á dar buenas palabras á los negociadores ho-

landeses, los cuales se hubieron de retirar con el convencimiento de que Inglaterra se preparaba á una guerra formal contra la República. De Witt, entonces, para castigar la doblez del rey, y anticipándose á sus proyectos, despachó á De Ruyter con una flota poderosa, encargándole la conquista de los fuertes que habian tomado los Ingleses en la costa de Guinea. Si la empresa del general holandés tuvo en general buenos resultados, Carlos se desquitó, apoderándose de todos los buques de Holanda que se hallaron á su alcance, y obteniendo del Parlamento amplias facultades para declarar y proseguir la guerra. El primer choque se verificó en la bahía de Southwold, y fué desastroso para los Holandeses; y en el año siguiente, nada ocurrió digno de importancia. En 1666 las ventajas estuvieron de parte de Holanda; y en 1667 De Ruyter quemó la escuadra enemiga en Medway.

En seguida se negoció la paz. En el momento que Carlos y su gobierno se dieron cuenta de los desig- nios del rey de Francia respecto de los Países Bajos, bien á su pesar, porque les contrariaba causar enojo á Luis, acordaron mandar á la Haya á Sir Guillermo Temple con la misión de negociar una alianza con Holanda. Accedió De Witt, aunque mal de su grado, pues estaba seguro, que rotas las hostilidades, Holanda sufriría las consecuencias de la lucha en su propio territorio, mientras Inglaterra buscaría una discreta reconciliación con el francés. Sin embargo, el Pensionario hubo de lograr que los Estados Generales siguiesen la misma política. Aunque las cláusulas del convenio dejaban á Luis XIV la posesión de algunas de sus conquistas en Flandes, le vedaban ulteriores adquisiciones: motivo fué este de una guerra con Inglaterra y los Estados. Suecia se adhi-

rió luego al tratado, quedando de este modo constituida la famosa «Triple Alianza», que Temple consideró como la obra más trascendental de su vida. Ella sirvió de base á las formidables alianzas que se formaron en épocas posteriores para contener las ambiciones de Luis XIV ¹.

Las cláusulas del tratado fueron y han sido el tema de animados comentarios. Lo único que se puede afirmar, es, que Inglaterra y Holanda sancionaron los despojos de que fueron víctimas los Españoles, obligándose á evitar los sucesivos; pero ninguna de las dos naciones tenia autoridad ni prestigio para tal acuerdo. Debe advertirse que los gastos de la última guerra, tenían abrumados á los erarios de Inglaterra y Holanda. Por lo que á Inglaterra respecta, era tanto el desamor que inspiraba el rey Carlos y su administración, que el pueblo, á no temer á otro Cromwell y á otro ejército como el del Dictador, hubiese mandado á su soberano á *viajar* por el extranjero. La fuerza de Carlos consistía en el odio de los Ingleses á la república, entonces y siempre de triste recordación. Es cierto que más tarde intentaron la exclusión de Jacobo, y no habiéndolo conseguido, hubieron de recurrir al destronamiento de la familia reinante. Volviendo al asunto de la Triple Alianza, el mérito del tratado no consistió en sus efectos inmediatos, sino en la fuerza que tuvo después.

No bien se firmó la Triple Alianza, y ya Luis XIV ponía en juego todos sus recursos para que Carlos II se apartase de ella. Entre las intrigas, no dejaron de tener participación los halagos femeniles. Se le ofrecieron tres cosas: sacudir su dependencia del Parla-

¹ Léase la de este político en las *Vidas de Políticos ingleses* de Lord Macaulay. Traducción por M. J. Bänder.

mento; restaurar el catolicismo en Inglaterra, Escocia é Irlanda; y conquistar, sin peligro alguno de su parte, las Provincias Unidas. Del mensaje fué portadora la duquesa de Orleans, hermana de Carlos II y cuñada de Luis XIV. Á su vuelta á Francia, falleció repentinamente, sospechándose que fué envenenada.

De Witt habia sido burlado. No podia creer en la doblez de Luis y en el despotismo de Carlos. Tampoco comprendia que un rey de Inglaterra consintiese en el formidable engrandecimiento de Francia, como hubiera sucedido si Luis se hacia dueño de las Provincias Unidas. Entretanto, Carlos satisfacía todos sus deseos: en primer lugar, se entregaba á sus apetitos carnales; en segundo, se proponia restablecer el catolicismo, á cuyas prácticas se inclinaba, si ya en secreto no era católico; y en tercero, gobernaba á su pueblo absolutamente. Alentábale para la realización de las dos últimas empresas, como ya se dijo, el odio que tenían sus súbditos á la revolución republicana. Tanta fué su felonía respecto De Witt, que aseguró al enviado de Holanda su formal resolución de mantener en todas sus partes la alianza pactada con la República. No limitó el engaño al holandés, sino que lo hizo extensivo al mismo Temple, embajador de Inglaterra.

Mientras tenían lugar estos sucesos, Luis XIV se hacia dueño de la Lorena, y Carlos se felicitaba de que el emperador de Alemania entrase en la alianza. Entonces llamó á Guillermo Temple, y De Witt se convenció de toda la trama. Si el Pensionario hubiera estado servido con el celo que el Taciturno aceptó á infundir en los suyos en tiempo de Felipe II, cuando le imponían de los secretos del Escorial, no habrían sido víctimas los Holandeses de tantas iniquida-



REPRESENTA LA POBLACION IRRITADA, COMO FIERAS QUE DESGARRAN SUS SACRIFICIOS.



RETRATOS DE LOS HERMANOS CORNELIO Y JUAN DE WITT.

(Medalla de plata en memoria de la muerte trágica de los hermanos De Witt.)

des. Si De Witt, ante la situación tan comprometida y difícil, impone á todos, como remedio supremo, la reconciliación de los partidos, olvidando agravios pasados, y consiente en la proclamación de Guillermo como estatúder y capitán general, la tormenta se disipa y desaparece todo peligro para la patria, captándose él las simpatías de los Ingleses, y Carlos II en la necesidad de renunciar á sus proyectos. Su mala voluntad á la casa de Orange, oscureció su buen juicio. Cuando Temple descubrió los verdaderos propósitos del rey y se convenció de que habia sido instrumento de Carlos, no quiso más ocuparse de la política y se retiró á la vida privada.

En cuanto á De Witt, fué víctima de Carlos II, como también de Luis XIV. El rey de Francia lo llenó de lisonjas en un principio, quiso y no pudo corromperlo, y por último, alabó su integridad, su rectitud y firmeza de propósitos. Fingió aprobar su desvío y desconfianza de los de Orange, alentándole á perseverar en este camino. Al mismo tiempo, Luis hacia lo posible para obtener la neutralidad de los príncipes alemanes, y la lograba del Emperador y de los Estados Eclesiásticos. Excitó el descontento de los Húngaros, y para obligar más al Emperador, sugirió á los Suecos á que abandonasen la Triple Alianza. De esta manera, atrayéndose á unos y engañando á otros, ató las manos á los que pudieran salirle al encuentro y aisló á los Holandeses; los cuales, al preguntarle el objeto de sus grandes aprestos militares, obtuvieron la respuesta, que ya lo sabrían en la primavera próxima. Carlos II, por su parte, aseguraba al enviado de Holanda, que si Francia atacaba por mar á los Países Bajos, él auxiliaría con su armada á los Estados.

Cuando la guerra se hizo inevitable, Guillermo de Orange fué nombrado capitán general. Á De Witt se le impusieron condiciones irritantes, y se le confirió el cargo solamente por un año. Guillermo, que no tenia experiencia y educación militar, se puso al frente de un ejército desorganizado, sin táctica y sin disciplina. Luis XIV declaró entonces la guerra y rompió las hostilidades con un ejército de 120.000 hombres, sin otro fundamento que no le convenia la conducta seguida por los Estados. De Witt perdió la serenidad con la inminencia del peligro y quiso negociar. Rechazadas sus proposiciones por el francés, Holanda se lanzó á la lucha con el valor de la desesperación. De Ruyter ya habia mostrado su inteligencia y fortuna combatiendo con la flota inglesa.

No pasó mucho tiempo, sin que el populacho de Amsterdam, fervoroso partidario del de Orange, no pudiendo desembarazarse de los hermanos De Witt por medio del asesinato, ni de las falsas acusaciones, invadió la cárcel donde se hallaban presos, les sacó de ella y les dió muerte, cerca del sitio donde años antes perdió la vida Barneveldt. Es posible que Guillermo de Orange tuviera participación en el hecho con tácita complicidad; pero se puede asegurar que señaló una pensión á los acusadores de los De Witt ¹.

¹ «Aquel Juan de Witt, que en el espacio de diez y nueve años habia mostrado un amor tan desinteresado á la libertad, fué acusado entonces como cómplice de la invasión francesa; á aquel hombre íntegro, que sólo recibía 3.000 francos al año; que desechó las recompensas ofrecidas por los Holandeses y las seducciones de Luis; que no tenía para su servicio particular más que un criado y una doncella; que andaba á pie, cuando cualquier cortesano ostentaba lujosos trenes, se le imputó haber invertido mal el dinero público. En el púlpito se incitaba en contra suya á la plebe, la cual, si antes le miraba como autor de su prosperidad, á la sazón le maldecía como causa de sus desgracias». Cantú, O. c., t. V, p. 558. — «En los cadáveres de Juan y

de Cornelio se cometieron las mayores crueldades. Después de haber sido arrastrados desnudos por el lodo hasta la horca, fueron colgados en ella, empleando mechas de mosquete á falta de cuerda. El que hacía de verdugo, viendo á Simousson, sacerdote de la Haya, le preguntó: *Señor ministro: ¿están colgados bastante altos? No, contestó, ata á ese bribón (refiriéndose á Juan de Witt) un poco más arriba*. Basnage, *Anales de las Provincias Unidas*.

XXIX

HASTA LA PAZ DE NIMEGA

Después del asesinato de los hermanos De Witt en 1672, pasó á manos del príncipe de Orange la absoluta gobernación del país. Así lo demandaban las circunstancias. Amenazado el territorio por Luis de Francia y Carlos de Inglaterra, y vencidos los parciales del gran Pensionario, era indispensable concentrar la administración y dar fuerza al gobierno: el pueblo aclamó entonces al príncipe de Orange estatúder de la república. Fortuna fué y no escasa para Holanda, aunque por medios reprobables, elevar á la magistratura suprema á un ciudadano de resolución animosa, de gran patriotismo y de conspicuo entendimiento, como los más esclarecidos príncipes de su linaje. Si no tuvo el genio militar de Mauricio ó de Federico Enrique, no solamente fué digno descendiente del Taciturno por su constancia en la lucha y amor á la patria, sino el político certero y el hábil diplomático de la casa de Orange.

Educóse Guillermo con hábitos de reserva y de prudencia. Desde la muerte prematura de sus padres, fueron sus maestros aquellos mismos que tenían mayor interés en oponerse á las pretensiones de su familia. Durante veinte años el gobierno tuvo la forma de una república aristocrática y adoptó toda